



LA GALERIA SCIARRA.—UN RETRATO POR RAFAEL.

El palacio Sciarra, situado cerca del templo de Antonino Pio, ha dado su nombre á una plazuela que se comunica con la gran calle de Roma, el Corso. Su arquitectura fué diseñada por Flaminio Ponzio, á escepcion del pórtico de mármol blanco, atribuido á Vignola ó á Antonio Labacco.

Los cuadros, que hoy constituyen toda la celebridad de este edificio, estan distribuidos en las salas del primer piso. Sobre la puerta de la galeria se lee una inscripcion, cuyo sentido es el siguiente: «Se advierte que no debe entrar en esta galeria quien no se halle dispuesto á dar un escudito romano al portero.» Esta advertencia, poco estimulante para los jóvenes artistas destierra la sonrisa de sus labios, y mas de cuatro se detienen tristemente en el umbral de aquella puerta inhospitalaria. El viajero, precisado á ver lo todo, cueste lo que cueste, pasa adelante, aun cuando sea contra su gusto, hasta que se encuentra en la antecámara frente á frente de un viejecito con medias de seda, calzon corto, cassaca larga de paño negro y boleta antigua, es el portero, ó mejor dicho, el guardián del palacio. Recibe, por supuesto, el escudo romano con la mayor seriedad y sin la menor muestra de gratitud, lo cual revela que esta contribucion, impuesta á los extranjeros, no entra en su caja particular,

sino en la de los propietarios del edificio, quienes no le emplean por cierto en la conservacion de la galeria. Los sillones cubiertos de polvo y unos héticos sofás medio remendados con una tela vieja de seda atestiguan demasiado que los príncipes de Sciarra fueron en otro tiempo mas felices; por lo demás, el producto de aquella esposicion basta para que un noble romano de nuestros días pueda vivir plebeyamente. El artista que quiere copiar algun cuadro de la galeria paga cierto número de escudos, en proporcion del mérito de la obra, pues en un rincón de la antecámara se ve fijada la tarifa de los precios.

Por breve que sea la permanencia de un viajero en Roma, la galeria Sciarra es de aquellas cosas que no puede olvidar, porque posee dos cuadros caparés por sí solos de ilustrar el museo de una provincia: *la Vanidad y la Modestia*, por Leonorco de Vinci, y un retrato, por Rafael.

Las dos figuras del primero de estos cuadros aparecen en relieve, y el contraste de su expresion es de un efecto y de un encanto inexplicables. ¡Cuántas veces se presentan en la mente ambas tan distintas en sus atributos y tan admirables en su ejecucion! ¡Qué moralista ha escrito un análisis más elocuente de un vicio que una virtud!

tas! ¿Qué lienzo puede mejor que con el pincel puede ser un hombre tan gran filósofo como con la pluma ó la palabra!

No admira menos el retrato debido á Rafael. Nobleza, serenidad, dulzura, todas las bellas cualidades del alma se retratan en aquel semblante desconocido. ¿Quién fué el mortal cuyos facciones inmortalizó el divino artista? Se ignora. ¿Es por ventura alegórico el arte de contrabaja que acompaña? ¿Significa que el original del retrato era algún célebre músico del siglo XVI? La fecha, 1518, que lleva el cuadro, no nos ha revelado hasta hoy su nombre; tal vez llegue el día en que algún empolvado manuscrito, algún contrato, algún códice de capilla desentierro por un erudito nos aclare el andénimo: la historia de los siglos que fueron se reconstruye así poco á poco por la paciencia y el estudio de los sabios, así como el tiempo presente acumula y oculta á su vez, con desdenosa indiferencia, enigmas y jeroglíficos para los siglos futuros.

Solo se conocen veinte y siete retratos al óleo, que sean considerados como obras auténticas de Rafael: á este número pertenecen los de Lorenzo y Julian de Médici, Beato, Juan de la Casa, Carondelet, Baltasar Castiglione, Inghirami, Baldo, Bartolo, Dindo Altoliviel y Juana de Aragón.

Las cartas y memorias contemporáneas atestiguan repetidas veces el eminente mérito de semejanza que todos admiraban en los retratos de Rafael.

Se cuenta, aunque sin duda con alguna exageración, que habiendo entrado el cardenal Pésia, datario de Leon X, en una sala dispuesta á media luz, en que se hallaba el retrato de esta papa, se arrodilló delante del cuadro, presentándole varias bulas para que las firmase.

La condesa Hippólita, esposa del conde Baltasar de Castiglione, escribía á éste en versos latinos, que no podía apartar la vista del lienzo en que Rafael le había retratado: «Cuando estoy sola, miro tu imagen pintada por la mano de Rafael y casi se alivia mi fastidio: me sonrío con ella, la dirijo demostraciones de cariño, la hablo y se me figura que me comprende y que se agita dulcemente como si quisiese contestarme. Tu hijo te reconoce y te llama su padre; de este modo, contemplando tu retrato, procuro consolarme y olvidar la lentitud con que transcurren los días.»

Debto escribía al cardenal de Santa Maria in Portico lo siguiente, hablándole del retrato del poeta Tebaldeo: «Rafael acaba de retratar á nuestro Tebaldeo con tanta verdad, que mas se le parece el cuadro, que lo que él se parece á sí mismo.»

No podemos nosotros ser jueces de las semejanzas de estos retratos, pero los grabados, aun los menos á propósito para reproducir su belleza, revelan una fuerza intelectual, un sentimiento profundo de la vida, una superioridad, que señalan á las obras de Rafael en este género el mismo puesto que á sus mas célebres cuadros. Que el modelo haya sido hermoso ó feo, jóven ó agobiado bajo el peso de los años, de una condición inferior, ó corrompido por todos los dones de la fortuna y de la fama, adquiere con el pincel de Rafael un carácter de verdadera nobleza, de tranquilidad y de dulzura, que hacen esquecer que el sublime pintor solo quiso reproducir las facciones de personajes de un mérito eminente, si no supiésemos que involuntariamente imprimió en todas sus obras una parte de su alma.

Entre los demás cuadros de la galería Siciara se distinguen:—La bellísimo País, del Pueblo, limpio y terso; las Tres Edades, por Front; una hermosa copia de la Transfiguración, de Diábel, atribuida á Valentin una Roma triunfante y la Degollación de San Juan Bautista, que el mismo; otra Degollación, por Giorgio; los Jugadores, por Michel Angelo; San Jerónimo y un Santiago, por Guercino, y la Inocencia del Titiano, por este pintor.

## DON MIGUEL DE MANARA.

(CIENTO TRADICIONAL.)

I.

### LA CALLE DEL ATAHÚ.

La calle del Atahú, situada en uno de los extremos de Sevilla, ocupó por largo tiempo el teatro de infinitas tradiciones populares. Su sitio en posición topográfica, era del origen de su extraño nombre, por de su singular aspecto melancólico y sombrío. Perteneció al antiguo departamento de la Alhambra ó Judería, fue por algunos años el estrecho callejo á que tuvo que reducirse la desgraciada casa de los Reyes, fue famosamente perseguido por los inquisidores que en ella murieron habiendo recibido ya allí su excomunión y su cultura.

Según cuenta de un antiguo manuscrito, copiado de otro que poseyó Juan Saverio de Medina, extrañadas los judíos y otros

perseguidos por los cristianos, formaron juntos los mas poderosos de Sevilla, Carmona, Útrera y otros puntos de Andalucía, con el objeto de alistar gente á su partido y oponer alguna resistencia á los continuos excesos de que eran inocentes víctimas. Susana, hija del caudillo de los hebreos, y célebre por su hermosura y seductoras gracias, tuvo el vil atrevimiento de acusar á su padre de jefe de la conspiración que se tramaba: por lo cual prendieron á los que la componían, según dice el citado manuscrito, cuyas causas sostuvieron las impusieron las penas que les correspondían; y cuando llevaron á quemar á Susana le iba arrastrando la soga con que le llevaban amarrado, y como él presumía de gracioso, dijo á uno que iba allí: *Alzadme esa toca, Tucaesí.*

Arrepentida la hermosa Susana de la vida licenciosa que hasta entonces había llevado, y de la horrorosa muerte de su padre, á la que de una manera tan directa había contribuido, determinó retirarse al claustro siguiendo los sanos consejos del obispo D. Rainaldo de Romero. Muy poco duró esta abnegación religiosa, volviendo en breve á sus antiguas liviandades, y á seguir en la senda de la prostitución y los vicios que de adelante se trazara, hasta llegar á tal miseria que vino á ser amigo de un especiero, valiéndose de las palabras del referido manuscrito.

Muerta la hija del maldonado jefe de la conspiración judía, fué depositada su calavera, según dejó encargado en su testamento, en la misma calle donde había llevado una vida tan disipada, imponiéndosele desde entonces el nombre de calle del Atahú.

Con precedentes tan estráños y de tan mal agüero, según las preocupaciones renascentes en el siglo XVII, fácil es adivinar el misterioso respeto de nuestros abuelos hacia tales sitios. Quién pretendería ver alzarse terribles fantasmas por donde quiera; cuál otro aseguraría haber oído en el silencio de la noche los espantosos chillidos de un ejército de brujas cabalgando sobre palos y celebrando sus orgías.

Sin embargo, en las altas horas de una de las crudas noches de invierno, un hombre atravesaba rápidamente la oscura y tortuosa calle del Atahú. Ni el viento que silbaba capotuosamente, ni la lluvia que descendía á mares, eran bastantes á interrumpir la marcha de aquel hombre que continuaba presuroso su camino. —¿Será tal vez una sombra que, aprovechando la oscuridad de la noche, se levanta de su tumba á vengar algún crimen sobre la tierra? ¿O acaso alguna alma en pena que venia á este mundo á implorar sufragios de los hombres? Nada menos que eso. Aunque ni una estrella ni un débil rayo de luz enviaba el cielo para distinguir á aquel hombre, sus pisadas se sentían claramente, escuchábase el sonido de su espada, y el ruido que hacia el viento al rozar la ligera capa que le cubría hasta los ojos. Tan extraña vision, en el sitio y en la época á que nos referimos, hubiera puesto pavor en el corazón mas valeroso.

Apenas el incógnito personaje hubo llegado á una de las casas de mas rara apariencia de aquella calle casi intransitable, dió un fuerte puntapié en la pequeña puerta, y mediándose esta algunos instantes sobre sus empujados goznes, dejó franca entrada al desconocido caballero.

—¿Quién vó? preguntó una voz cascada y halbuciente que salía de aquella habitación cenagosa y casi subterránea.

—Ni una palabra contestó aquel á tan natural pregunta.

Una luz oscura se divisó en el fondo de la casa, apareciendo en seguida una esquelera vieja con un magriento canónil en la mano, que alumbra débilmente el largo y estrecho callejo que los separaba.

—¿Quién vó? volvió á preguntar con voz mas agitada.

—¡Buenas noches, lladá Susana! dijo el desconocido, con acento somero y sereno, añadiendo una ruidosa carcajada.

La buena mujer retrocedió algunos pasos, pero repuesta algun tanto de su sorpresa, dijo:

—Decidme quien sois, ¡voto al diablo!

Produció estas palabras con voz tan firme y de una manera tan formal, que su interlocutor no pudo menos de prorumpir en otra carcajada. Esto le irritó tanto, que dando una fuerte patada en el suelo, hizo saltar el fango de aquel sucio pavimento.

—¿No me conocéis, malicia vieja? Soy... vuestro querido... hermosa Susana, añadió el caballero con voz afectada y repitiendo su habitual sonrisa.

Luego que se acercó el desconocido y se hubo desembozado, redobló la vieja llena de gozo:

—¡Vos por aquí y á estas horas cuando tan oscura y tempestuosa está la noche!

—Yo lo veis. Esto me acredita de vuestro mas fiel parroquiano. He prometido no fallar ni una noche siquiera. ¿Qué queréis! He tenido la desgracia de comprender el mundo al revés que los demás hombres. Cuando ellos desahoran, yo quiero ganar; cuando ellos toman á los truhánes y los rayos, yo desahó á los irris celestiales; cuando ellos se comprometían de atravesar esta calle, yo venia á impedir esas fantá-

mas, y me río de esa asquerosa calavera;—y pronunció el nombre de Susana.

—Basta, amigo mío! eso es lo que no os perdonaré nunca, el que me llaméis con el nombre de la judía. Si vierais, me horroriza el oírlo pronunciar, solo por esos cuentos tan terribles que referían mis abuelos.

—Pues yo pienso por el contrario: os llamo con el nombre de Susana, porque siendo fama que era tan hermosa, la verdad, os agradecería veros convertida en la famosa judía, aunque fuera cosa de un momento.

La vieja contestó con un extraño visaje, manifestando el disgusto que la causaba esta conversacion.

Mientras tanto que tuvo lugar este corto diálogo, ambos interlocutores se habian dirigido á una mezquina habitacion, situada en el fondo de aquella oscura mazmorra, que si bien podia estar dedicada á cualquiera otra clase de comercio, á primera vista sola parecia una miserable taberna. Unas cuantas mesas colocadas en desorden, una porcion de sillas en tropel, y un viejo mostrador coronado de jarros de licores, que servia de barrera al trono que habitualmente ocupaba la soberana del castillo, eran todos los muebles que constituian aquel establecimiento, erigido á la memoria del dios Baco.

—Con que decidme, hermosa Susana...

—¡Caballero! exclamó la muger, interrumpiéndole nuevamente irritada, por Dios os pido que no pronunciéis mas ese nombre.

—Por los diablos os ruego, maldita vieja, que dejéis á un lado vuestros escrúpulos! Pero os quería preguntar si estamos solos en esta casa.

—Mucho siento que vuestros amigos, es decir, los míos, no hayan concurrido á celebrar vuestra diaria orgía. ¡Está la noche horrosa! ¿No oís la tormenta y el agua que cae á torrentes?

—No hayis miedo, buena muger. Pero decidme, ¿estais enteramente sola? —añadió el caballero con una expresion bastante significativa.

—Ya os comprando.

—Basta. En esta habitacion inmediata me espero, dijo el nuevo huésped, abriendo una puerta que daba paso á una pequeña sala en donde tomó asiento.

—Seréis servido cómo deseais, caballero, contestó la vieja, añadiendo una ridícula cortesía.

## II.

### LA SORPRESA.

El personaje de que hasta ahora nos hemos ocupado era el joven D. Miguel de Mañara, de una de las mejores familias de Sevilla, y heredero de una gran fortuna. Pero ¿cual sería el objeto de sus nocturnas visitas á la taberna de la calle del *Atahud*? Habiendo recibido una educacion brillante, y dotado de un talento poco comun, pudo sacudir el ominoso yugo de las preocupaciones de su época, hasta el estremo de haberse creado preocupaciones nuevas, tanto mas graves cuanto que no estaban en armonía con las de su tiempo. Despreciando los consejos de sus amigos, perdió el respeto á sus semejantes, emancipándose, por decirlo así, de la sociedad, y entregándose á sus caprichos. Convencido de que encenagado en los vicios se hace menos aciaga nuestra efimera existencia, lanzose á rienda suelta en la senda de la prostitucion, cometiendo toda clase de excesos, hasta llegar á hacerse proverbial su extraordinaria conducta. Sus riquezas, modales fastuosos y arrogante figura le habian hecho el ídolo del bello sexo, al cual subyugó bien pronto al soberbio cargo de sus triunfos. Ni Dios ni ley eran bastantes á poner freno al joven disoluto. Un día que burlara á una dama, que malara en duelo á un esposo, y que gozara del estrobruendo y algazara de un festin, constituiria indudablemente uno de los más felices de su vida.

Tal era la estraña conducta de nuestro héroe.

Algunos momentos se habian pasado, cuando volvió la vieja ama de la casa al cuarto de D. Miguel á servirle una botella de esquisito vino. Un instante despues, una joven encantadora se presentó ante la vista de Mañara, afectando una sorpresa agradable por tan feliz encuentro. La frescura de su tez, sus maneras francas y sus gracias seductoras, armonizaban perfectamente con sus años juveniles.

—Buenas noches, D. Miguel, dijo la graciosa criatura.

—Tomad, hermosa *Jitanilla*, y brindemos por la hermosura! fué la única contestacion de Mañara, alargando una copa de vino á la recién llegada.

—¡Sois el mas atrevido calavera que he conocido! ¿Ni aun respetais el furor del cielo para estorbár vuestras aventuras, cuando la ira de Dios parece mas exaltado?

—¿Qué os importa? Ahora mismo, estirando á vuestro lado, desahoga gustoso á los rayos celestiales.

—Por Dios, no digisís eso!

—¿Os ímo tanta, que sería imposible pasar una sola noche sin haceros una visita! ¿Qué es eso, no lo creéis?

—Lo dudais acaso, D. Miguel? Mi existencia os la debo, más áhajas, cuanto poseo es debido, si no á vuestro amor, al menos á vuestra generosidad... ¿Pero no oís el viento que azota esos cristales y parece querer arrastrarlo todo en su velocidad? ¿Qué oscura y tenebrosa está la noche!

—Eso quiero decir que no será posible retirarme, y que podreis disponer de un nuevo huésped; porque os aseguro que mas que nunca me interesaré esta noche.

—¿Es posible?... Acaso muy pronto llegaré mi esposo...

—Vuestro esposo... ¿Qué horror! Y llamais así á un hombre á quien no os une otra vinculo que una ligera amistad tan sola en su provecho?

En este momento dos hombres de muy mala estatura habian entrado en la taberna, sin ser vistos mas que por el ama de la casa. Tomaron asiento en la primera habitacion, donde fueron servidos con un buen jarro de vino.

—¿Ha venido el querido de la *Jitanilla*? dijo uno de ellos, dirigiéndose á la tabernera.

—No señor, contestó esta secamente.

—¿Rayos! dijo el mismo hablando con su compañero. ¿Qué noche!

—Tanto mejor para nuestra aventura, contestó el otro.

—¿Estais enteramente en los pormeubres del plan?

—Sí; ¡él viene infaliblemente todas las noches, eh?

—No acostumbra á faltar jamás.

—¿Y el golpe será aquí mismo?

—Veremos. El querido de la *Jitanilla* llegará ya pronto, y él es nuestro jefe por esta noche.

—¿Sabeis lo que me ha ocurrido acerca del joven que esperamos?

—Decid.

—Que bien pueda faltar hoy á sus nocturnas escursiones, con motivo de esa lluvia tan abundante, á tal vez, cuando esto no ayude, no traernos preparado el rico botin que deseamos.

—No lo creo: es un joven poderoso y despallarrado, que por donde quiera va deramando el oro, y haciendo alarde de sus magnificas alhajas.

Este diálogo fué seguido en voz baja y de una manera misteriosa.

Poco despues llegó un tercero á la misma habitacion: era el querido de la *Jitanilla*. En el instante en que se conoció brilló un rayo de alegría en los semblantes de aquellos ridiculos personajes.

—Señores, ¿ha llegado nuestra victima? preguntó el recién llegado con una sonrisa amarga.

—Hace poco tiempo que hemos venido, y desde entonces nadie ha entrado, contestó uno de ellos.

Entre tanto que esto tenia lugar, D. Miguel y la *Jitanilla*, que ignoraban la escena que pasaba en la habitacion contigua, casi embriagados ya, se entregaban á requebrarse mutuamente. Cuando Mañara hubo alcanzado la hospitalidad que deseaba, gritó lleno de gozo:

—¡Vieja Susana! trae mas vino; y dando un fuerte portazo sobre la mesa, rompió los vasos que acababan de servirle.

A tan estraño ruido se sorprendieron los tres hombres que ocupaban la pieza inmediata. El querido de la *Jitanilla*, no pudiendo contener el placer que experimentaba, exclamó alborozado:

—¡Albricias, amigos míos, él es! Ese es ya voz hemos oído es el convento que vamos á devorar: veamos si está solo.

Ageno D. Miguel de Mañara ser el objeto de las siniestras intenciones de aquellos hombres desalmados, solo pensaba en aquel momento en lo que él llamaba su felicidad.

—¡Hermosa mia, esta es para mí una noche deliciosa! decía á la seductora *Jitanilla*, que sintiendo ya los mágicos efectos del vino, mientras sus mejillas se coloraban por el mas precioso carmin, y sus ojos bañados de un líquido trasparente estaban fijos á inmóviles en D. Miguel, apretaba con un movimiento convulsivo entre sus cariñosas manos las de aquel arrogante joven.

No pudiendo Mañara resistir imposible tan interesante perspectiva, arrojó sus labios á los de la graciosa *Jitanilla*, y abrazando maquinalmente su delgadísima cintura, parecia querer beber hasta el último aliento de aquella encantadora y voluptuosa criatura.

De nueve golpes descargado sobre uno de sus hombres fué el único que pudo sacarse de su dulce embobamiento.

Volvió D. Miguel rápidamente, y se halló en su presencia con el de mas feroz aspecto de aquellos tres hombres.

—¿Qué atrevimiento, toco al diablo! ¿No sabéis, caballero, que esa mujer me pertenece? dijo el querido de la *Jitanilla*.

Fueron pronunciadas estas palabras con tanta frialdad, que desde luego dejaron entrever las intenciones del que las profeta, que era solo de aprovechar esta feliz conjuntura para mover una quimera con Mañara, y llevar á cabo sus fatales proyectos.

Púsose en pié D. Miguel, y sin contestar palabras, sacudió tan cre-



aprovechó á su contrario, que hizo guardar la distancia que naturalmente existía entre ambas personas.

Viéndonos D. Miguel bruscamente acometido por aquellos tres hombres, desarmó su espada deseoso de pagarles bien cara su intención; pero sentia Mañara muy embriagado por el cerebro para sustentar aquella lucha. Los gritos de la vieja y de la Jitanilla, y las blasfemias de aquellos hombres sedientos de oro, alternaban con los fuertes golpes que de una y otra parte se repartían. D. Miguel llevaba precisamente lo peor de la pelea, por la desigualdad de las fuerzas; empero su valor y osadía, hasta entonces jamás desmentidos, suplían en gran parte la escasez respectiva de aquellas. Por una sagacidad combinada de antemano, fueron los bandidos retrocediendo paso á paso, hasta que con tanbaja arteria consiguieron sacar á la calle á su desgraciada víctima.

La Jitanilla privada enteramente de sentido, y atropellada la tabernera en el furor de la lucha, no pudieron seguir á los infames que, fuera ya de la mezquina casa, acometieron con mas osadía al atrevido jóven, que sin contar entonces con todas las fuerzas de que podia disponer, se defendia valerosamente. La calle del *Atahualpa* presentaba el aspecto mas aterrador y sombrío mientras el agua descendía á torrentes y el viento zumbaba de una manera espantosa, un relámpago vino á disipar aquella densa oscuridad, iluminando tan encarnizado cuadro. Una fuerte cuchillada sacudida en la cabeza del mancebo, privándole completamente de sentido, hizo exclamar con voz casi exánime y patibulente.

—¡Jahúmes, me habeis muerto!

—¡No hayas miedo, Mañara, que estás dentro del *Atahualpa*! contestó con voz gruesa é imponente, añadiendo una horrible carcajada.

Los bandidos, luego que sequearon al desgraciado jóven, desaparecieron precipitadamente. Todo quedó en un profundo silencio. Un nuevo relámpago vino á iluminar aquella tranquila y horrorosa escena: Solo se vió el cuerpo del infeliz mancebo sumergido en un lodazal humundo, y revolcándose entre la espuma de su propia sangre.

III

EL ENTIERRO.

Algunos momentos despues de la catástrofe que acabamos de referir, un prolongado suspiro exhalado de lo mas hondo del pecho, daba adivina indicio de que D. Miguel tomaba á la zozoca perdida. Entonces intentó levantarse á duras penas; pero el estado de esclusiva torpezga que embargaba sus sentidos, la extraordinaria conmoción que su cerebro habia experimentado, y la gran cantidad de sangre que manaba de su herida, no le permitían hacerlo con entera libertad. Cuando trabajosamente se hubo levantado, y apoyado en la pared dirigió una mirada en torno suyo, como queriendo recordar lo que acababa de suceder; pero todo fué en vano. En estas ocasiones de fuertes sacudimientos cerebrales, difícilmente puede retrogradar la memoria mas al último suceso. Así es que, ageno de lo que le habia pasado, contentóse con tocar su cuerpo, y al ver el mal estado en que se hallaba, subióse apoderado del suelo por la primera vez en su vida, y un frío glacial corrió por sus miembros en un instante. Un trueno espantoso se escuchó en aquel momento, y un rayo de luz vino á alumbrar claramente la fútila á calle del *Atahualpa*. A tan sombrío cuadro mil dolientes recuerdos asallaron la imaginación de D. Miguel, que luego se iría llevó las manos á los ojos y lanzó un grito de furor, sintiendo de nuevo desahucarse sus sentidos.

Hay ocasiones en esta vida en que el hombre mas degamoralizado y decaído mas empoderado se halla dispuesto á recibir las dulces emociones que proporcionan los sublimes recuerdos de nuestra religión santa. Cuando el mas perverso y encorajado en los vicios llega á ver el mundo por el prisma de la realidad, su alma elevándose en intuitivas meditaciones y sombrada ante el horroroso aspecto de la disolución, huye valor de ella y busca ansioso la paz de los bienaventurados.

Tal era el período transitorio que realmente estaba próximo á atravesar el desgraciado jóven D. Miguel de Mañara, cuando un lángubre campesino vino á hacerle menudamente sus ridos. Un sobrecomunicado religioso se apoderó de él en aquel momento, disipando el terror que en un tiempo podia causarle una luz fuerte que víd aparecer inmediatamente por uno de las estremidades de la calle. Esperando obtener el auxilio de alguna persona en medio de su lastimoso estado, se dirigió siempre con trabajo hacia el lugar en que divisaba aquel resplandor que iba aumentarse sucesivamente, acompañando de un agradable murmullo que le traía el viento. Pero, cual fué su sorpresa al ver multitud de jotes que formaban dos largas líneas cuadradas exacta simetría, saliendo del uno el otro lado de la calle! Mañara tenía suficiente valor y desocupación para creer en sus propios entusiasmos; pero no pudo menos de retroceder algunos pasos casi involuntariamente. Al mismo tiempo observó que las dos compañías de la ciudad empezaron á moverse á su encuentro. Mirándose una lángubre comitiva que pasó miedo en

su corazón. En vista de aquel fúnebre acompañamiento, reconociendo en medio un féretro, y de los ritos que la Iglesia consagra á los que tomeren. Juzgó que seria algun entierro lo que se le habia aparecido. D. Miguel quedó mudo de espanto y como petrificado; dudó si sería todo un sueño, ó efecto acaso de su embriaguez. Desahucándose finalmente á esperar el desenlace de aquella escena. — El entierro... se decía á sí mismo, á estas horas... y en esta calle... esto... ¡por Dios, que es misterioso!... en fin... veremos! — Al primero de los de la comitiva preguntó de esta manera:

— Buen hombre, ¿sabéis quien es el muerto?

— D. Miguel de Mañara, contestó el acompañante.

— ¡Mientes, bribón! díjole enfurecido, y sintiendo el mal estado en que se hallaba por no poderle pagar bien cara una bromita tan pesada y de tan mal gusto, en su concepto.

Deseoso Mañara de tener conocimiento de aquello, no titubeó en preguntar á otro por segunda vez:

— Amigo, ¿queréis decirme el nombre del que llevan á enterrar?

— El jóven atolondrado D. Miguel de Mañara, á quien mas que yo conocéis.

Fue pronunciada esta contestación con un acento tan expresivo, que altamente irritado D. Miguel, lanzó sobre el que de tal modo se la dió, el cual escapando súbitamente le dejó burlado. Quiso Mañara echar mano á su espada, sin acordarse de que la habia perdido en la refriega; pero un poder misterioso parecia detenerle: un movimiento convulsivo se apoderó de él en aquel momento. Sin embargo, no quiso dejar de preguntar por tercera vez.

— Padre mio, díjole humildemente á uno de los que iban al lado de féretro, si es posible que me lo digáis, quisiera saber el nombre de este desgraciado.

El sacerdote se dirigió lentamente á D. Miguel, y con voz solemne le dijo:

— ¡Caballero Mañara, sois vos mismo! acercaos y lo vereis.

Con la velocidad del rayo se lanzó D. Miguel en medio de los de la comitiva; fijó los ojos en el cadáver con tal expresion que parecia quererle devorar con su vista; de repente se inyectaron sus ojos, adquiriendo una expresion feroz; sus labios cárdenos se agitaron convulsivamente; sus mandíbulas chocaron de una manera espantosa; sus cabellos se erizaron, baquearon sus plumas, y como en un acceso de delirio exclamó con voz atronadora:

— ¡Dios mio, qué veo!... ¡Mi imagen!... ¡Yo mismo!... ¡Socorro!... ¡Dios mio!... ¡Perdonadme!...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, lanzó un grito horroroso y cayó sobre el cadáver.

IV.

LA CONVERSION.

Pasado algun tiempo de esta vision extraordinaria, y desengañado D. Miguel de la pompa y de las vanidades del mundo, consagró los restantes años de su vida al ejercicio de la virtud mas austera, cediendo sus riquezas para la fundación del *Hospicio de la Caridad*, que hoy existe en Sevilla, en cuyo benéfico establecimiento hizo una vida ejemplar, dedicándose él mismo á los actos de piedad y misericordia para con sus semejantes, por lo cual ha conseguido dejar para siempre eternizada su memoria.

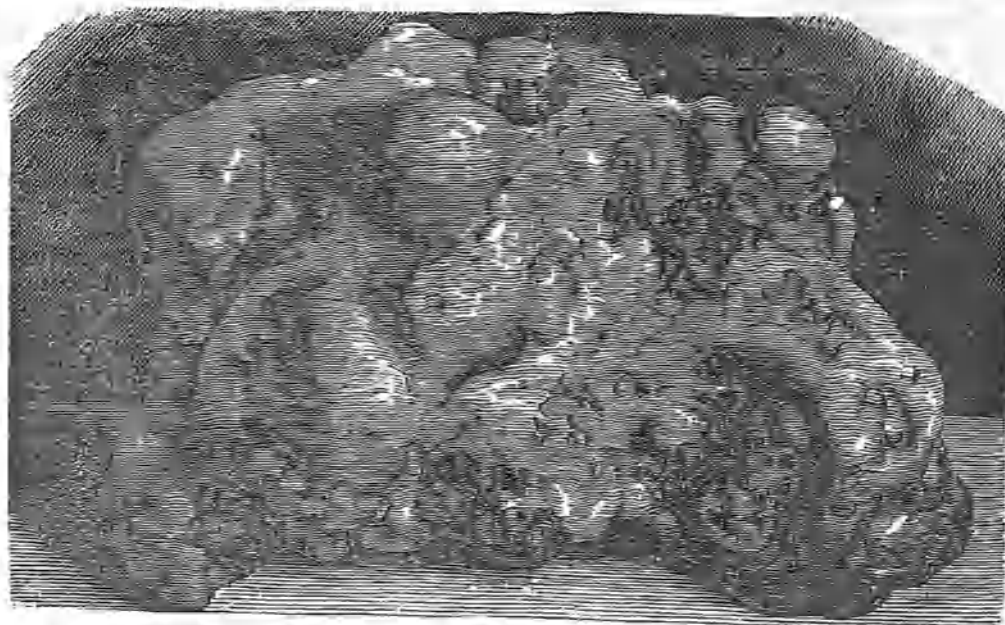
Algunos años despues tuvieron un día de luna todos los que habitaban aquel piadoso establecimiento. En una de las principales enfermerías se hallaba el cadáver de un hombre perverso y orgulloso en otro tiempo, y que acababa de morir como modelo de virtud y mansedumbre. A su lado se encontraba una de esas caritativas mujeres que, viendo el toco suyo, se dedicaban á cuidar de sus hermanos en el lecho del dolor. Arrodillada al lado de aquel cuerpo inanimado, y diripida al cielo en religiosa plegaria, parecia elevar sus fervientes votos por la salvacion de aquel hombre. La virtuosa criatura que esto hacia era la *Jitanilla*, que derramaba abundoso lloro sobre el frío cadáver de su buen amigo y protector D. Miguel de Mañara.

Jose GUTIERREZ DE LA VEGA.

ORO DE LA CALIFORNIA.

El grado de oro que representa nuestro grabado, pesa cuarenta y dos onzas, vale diez y seis granos. Es finísimo y se aprueba en ciento siete francos la onza. Contiene 825,3 por ciento de oro, 175,3 idem de plata y 3 idem de cobre.

Un marino irlandés, desertar de un buque de la marina americana, lo encontró á orillas del río Ojuba ó Juba. Pasajero á bordo de un paquete, volvia á Europa, y otros muchos intentaron comprarle



(Un grano de oro de la California.)

le su muestra del precioso metal, pero un cónsul francés obtuvo la preferencia, por haberle ofrecido, además del valor de la pepita, un cajón de botellas de cognac añejo. El irlandés había ya disipado dos veces, por entregarse al vino de la bebida, sumas considerables que había ganado en la California.

Las pepitas de oro de este género son muy raras: nosotros la presentamos como un objeto de verdadera curiosidad, pues por lo demás, creemos que las fortunas prontas y fáciles de la California son especulaciones engañosas. He aquí en apoyo de nuestra opinión el extracto de una memoria publicada por un viajero que visitó hace un año aquellas regiones.

«El clima de la alta California es altamente desagradable y malsano. En San Francisco se experimentan todas las estaciones en un solo día de setiembre ó de octubre: nieblas por la mañana, después un calor sofocante, pásase las doce un viento fuertísimo, y por la noche un frío extraordinario. La temperatura es en el interior muy elevada durante el verano, y las fiebres ocasionan grandes estragos en esta estación; el año último las tuvieron todos los rebucadores de oro. En invierno quedan inundados los valles, de modo que los trabajadores se retiran á las poblaciones cuando empiezan las lluvias.

No hay otro modo tan penoso que el de rebucador de oro. En las minas seras, situadas al abrigo del curso de los rios, se ven precisados los hombres á profundizar en la tierra hasta los diez pies antes de encontrar el metal, y muchos infelices sucumben de hambre, de fatiga y de enfermedades antes de divisar una partícula. Algunos sin embargo se enriquecen en pocos minutos: es una verdadera lotería.

Muchos rebucadores de oro se van tan necesitados, que tienen que vender á otros los pozos que han abierto, y en los cuales hay indicaciones seguras de que se hallará oro.

En las minas húmedas los trabajadores estan con el agua hasta medio cuerpo. Lavan por lo regular las arenas auríferas en cubetas de estaño, á las que imprimen un movimiento particular.

El jornal de un rebucador de oro consiste hace un año en cinco ó seis francos, de los cuales se rebajaban diez ó quince para su alimento. Como las constituciones mas vigorosas no resisten mas de cinco meses al año el trabajo de aquellas minas, resulta que el año de un rebucador muy robusto puede ascender á cinco ó seis mil francos anuales, suma bien pequeña, si se consideran los peligros, los padecimientos y las privaciones que sufre, sin contar los gastos de viajes y otros que tiene que hacer durante el invierno, si no cuenta con otros medios de subsistencia.

Á la California solo debien ir las personas siguientes:

Los capitalistas, que pueden realizar allí beneficios inmensos por medio de sus operaciones de bancos, sus especulaciones sobre constituciones, sus támbien y explotaciones rurales.

Los artesanos, como carpinteros, aserradores, etc. que ganan facilmente de ochenta á cien francos diarios; los tocbaneros y los labradores.

Por último, los hombres robustos desde su niñez á los trabajos mas duros; y cuya salud es bastante fuerte para resistir una vida mas penosa que la de los reclusos á galeras, la vida de los rebucadores de oro.

A los peligrós, á las mil incertidumbres del oficio de minero no tardan en agregarse los impuestos, las restricciones y las vejaciones que los americanos proporcionan á los concurrentes extranjeros. El año último ya despidieron de las minas á consecuencia de algunas reyertas sangrientas, á los mejicanos, peruanos y chilenos; y si han tolerado en ellas á los franceses, consiste en que pertenecen á una nacion fuerte. La Convencion reunida en Monterey, con el objeto de tomar los acuerdos indispensables para la organizacion del pais, hasta que la California quede admitida como Estado en el seno de la Union, ha agravado con un impuesto á los rebucadores extranjeros. Pero ¿cómo percibir ese impuesto de los desgraciados que frecuentemente se mueren de hambre? Esta medida solo parece ser el preludio de otras mas severas respecto á los trabajadores de otras naciones.

## DOCUMENTO PUBLICO DEL SIGLO IX.

Uno de los objetos á que consagró sus preferentes cuidados el esclarecido Alfonso el Casto cuando después de haber arrostrado el destierro y las persecuciones que le suscitaran sus emulos logró sentarse en el trono de Asturias, fué restituir á la religion todo el lustre y esplendor de que se viera despojada desde la desastrosa ruina de la España goda. A este fin reedificó santuosamente la pobre iglesia dedicada al Salvador y á los Apóstoles, que el rey D. Fruela, su padre, erigiera en la reciente ciudad de Oviedo, y dispuso fuese consagrada por cinco obispos, y con desusada solemnidad, el 5 de octubre de 802. Para atender decorosamente al sostenimiento del culto y de los ministros de aquel templo, que fué destinado á catedral, Alfonso le dotó con gran número de alhajas, castas y heredades en el mismo dia, de la consagracion, segun consta del privilegio, ó sea testamento, que aun permanece. No pasó aqui la largueza y liberalidad del noble monarca, pues diez años despues, el 16 de diciembre de 812, otorgó otra carta de donacion en favor de la misma Basilica del Salvador, en la que confirma varios dones hechos por el rey Fruela, su padre; ofrece á Dios con palabras devotísimas otros bienes; recuerda el gran poderio que los godos alcanzaron, el abatinamiento en que cayéron con su rey Rodrigo por la cuchilla de los árabs, en castigo de su arrogancia, las gloriosas victorias del restaurador Pelayo, y la circunstancia de haber nacido y crecido el beatísimo el mismo donador en aquella su predilecta ciudad de Oviedo. Este histórico escrito, uno de los mas antiguos que nos restan, y tan interesante como fiel espression del espíritu de aquel siglo devoto al por que guerrero, es el que aqui presentamos, traducido todo lo fielmente que nos ha sido posible, del bárbaro y desconocido latín en que está redactado. Su lectura nos hizo por un instante retroceder á los dias del Casto rey, en que el valor y la fe, el amor á Dios y á la patria, eran los sentimientos del pueblo asturiano, único que á la sazón podía llamarse español, pues que era el depositado de honor y conservador de las creencias, leyes, costumbres y lenguaje, de nuestros antepasados.

NICHOLAS CASTOR DE CAÑERO.

PRINCIPIA EL TESTAMENTO II A LA IGLESIA DEL SANTO SALVADOR.

¡Oh fuente de vida! luz, auce de la luz, *afaga* y *omaga*, principio y fin, raíz y generación de David, estréte sepandorosa de la mañana, ¡oh Jesucristo! que con el Señor Padre y el Espíritu Santo tres bendecido por todos los siglos.

Yo Alfonso, en toda y por todo el último de tus esclavos y siervos, á tí me dirijo porque hablé de tí, espresadame con las palabras de tu padre. Acótreame, ayúdame, dignate recibir los votos que con lágrimas, suspiros y lamentos te dedico, y vuelveme la alegría continuada entre los redimidos que renuevan las glorias de los ángeles. Y pues que eres tú el Rey de los reyes, y gobiernas juntamente las celestiales regiones y la tierra, y eres tan solícito en conceder la justicia, por la duración de los siglos, distribúyenos por el mismo tiempo para obtenerla, nuevos reyes, jueces y leyes.— Y puesto que los godos con su rey *Roderico* perdieron el reino y la gloria por su soberbia en la era DCCXVIII (2), te ofrezco entre las diversas naciones, la esclavizada *Spainia*, que no es la menor de estas, y que recobróse en otro tiempo con las victorias de aquellos con razon, pues sobrevino la espada de los árabes, más de esta esclavitud, ¡oh Cristo! nos libráste suscitando con tu diestra á tu siervo *Pelayo*, que allá en el principio, sublimado á príncipe y peleando siempre con victoria, les venció y esclavinó, defendiendo y ensalzando á los cristianos y asturas.— El nuestro rey *Ernato*, hijo de su hija, edificó y adornó dos Iglesias en este lugar que llaman *Ovato*. La más sobresaliente es la que está dedicada á tu sagrado nombre y por tu nombre, y que ochenta altares á los doce apóstoles (3); la otra es la erigida á tus Santos mártires *Juliano* y *Basilia* (4), cuyos votos te rogamos, oh Cristo, quieras recibir agradablemente, mirándolos con ojos de piedad. Lleguen también á tí los que el mismo *Froila* refiere en el testamento que escribí y firmé, y que nosotros en honra tuya confirmamos, pues queremos te pertenezcan por perpetuo á irrevocable derecho. A lo que va expresado agregamos, ¡oh Señor! en tu alabanza nuestros votos, y con ellos dedicamos nuestros dones.— Te pedimos protejas con tu poderosa diestra, tanto á nosotros como al pueblo con quien estamos mezclados, y nos des victoria contra los enemigos de la fe, y por tu clemencia santifique este templo, y que todos los que en él orsen, siempre prontos á restaurar la Santa casa, reciben el perdón de todos sus pecados, y en cuanto aquí, sean defendidos con el escudo de tu protección, del hambre, peste, enfermedad, y guerra; y mas felices y gozosos en el siglo venidero, posean con los ángeles el reino de los cielos. Por lo mismo, Señor, ofrezcamos por la gloria de tu nombre, juntamente con los aquí presentes á tu Santo altar, fundado en la ya nombrada Iglesia, y á los restantes altares de los apóstoles, y á los de tus mártires *Juliano* y *Basilia* (puesto que he nacido, y recibido en este suño las regeneradoras aguas del bautismo), todo aquello que aquí presentamos en esta escritura segun la usanza nuestra, es á saber:

El átrio que está cercado de muros en derredor de tu Iglesia (la que con tu auxilio terminamos en siete (5)... ) con todo lo que contiene, como el sacuducto, casas, y demás edificios que allí levantamos.

—Para ornato de la Iglesia, primeramente, catorce velos de lana, dos de seda de color blanco, tres velos de lino para adorno (6), seis frontales de lana para el altar principal, con dos cubiertas de lana para el mismo y para el fascistol del Evangelio, tónicas de lino (7), XXV frontales de lana para los otros altares, doce frontales de lino (8) para adorno y XXV tónicas de altar.

Servicio de plata: — cruz de plata, jarra de plata, palangana de plata, XV candelabros de plata con lamparilla de vidrio, y XI lamparillas de plata de otro candelabro, y un incensario de plata y otro de cobre, caja de plata para el incienso, naveta de plata para el incienso con plé de bronce, y libros para la biblioteca (9)... clérigos *Sabaustas* esclavos (10); *Nonato*, *trabilero*, *Pedro*, diácono, que adquirimos de *Corvello* y *Faúcano*; *Serundino*, clérigo, *Juan*, clérigo, *Vicensa*, clérigo, hijo de *Cresceno*; *Tadulfo* y *Nanato*, clérigos, hijos de *Roderico* y *Esco*, clérigo, los que compramos con los productos de la victo-

ria... (1)... Además los restantes esclavos, esto es; *Galindo* con su mujer llamada *Donata* y sus cuatro hijos, *Corvello*, *García* y *Juan*, que adquirimos de *Crisóbal*, y su hija *Florona*, que compramos á *Edicor*; *Elmacio*, hijo de *Salamino*, *Cresceno*, con su mujer *Romona*, y sus dos hijos, que adquirimos de *Todosinda*; *Witerico* con sus cinco hijos, que adquirimos de *Sisnando*, y de sus hermanos, hijos del nombrado *Juan*; *Erculfo*, con su mujer *Reciminda* y sus tres hijos, que adquirimos de *Juan*, y *Miron* hijo de *Gagilo*, hijo de *Tadoco*, hijo de *Quiro* (4)... Tuzas son, ¡oh Señor! todas las cosas, y así solo te devolvemos las que de tu mano recibimos. Pedimos á tu profundísima piedad las aceptes placida y benignamente como tuyas, en gloria del sacrificio de tu sagrada sangre, y que por la señal invencible y veneranda de tu cruz nos remuneres con celestiales dones, y como premio de nuestra piedad nos ampares. A tí, fortísimo Señor, que eres Dios, impenetrable é Invisible, Dios de Israel, Salvador que mandaste á *Jacob* volver á su tierra natal, te ofrezco estos dones en el altar que te dediqué; pues mirándonos con piedad nos libertaste de muchas tribulaciones y nos restituiste á la casa paterna. Séate este don tan agradable, cual lo eran los de tu predilecto siervo *Jacob*, para que bendiciéndote y alabándote en todo tiempo, alcance lo misericordioso con todo el pueblo, que con queda dicho, permaneció obediente en la reconstrucción de tu Santa casa, y enviamos la felicidad ahora y siempre, y por los siglos de los siglos, amen.— Cualquiera sin embargo de todos nosotros, aumentará y guardará como cosas sagradas y venerandas, las á tí, ¡oh Dios! consagradas.— ¡Jesus Salvador! protégonos con los dones de tu clemencia, favorécenos, y afirmamos en la fe, y una vez admirados, seremos con los elegidos herederos del cielo, y partícipes de la celestial Jerusalén. Mas si alguno de los aquí reunidos sustrajese, defraudase, ó de algun modo ocultare ó enajenare alguna cosa, sepa queda privado de la comunión de Cristo, sujeto á nuestro futuro juicio, y responsable de sus acciones. Y si cualquiera de los siervos que en este lugar donamos, se fugare, ó sustrajere al servicio de la Iglesia, cogido que sea por juicio del Señor, se le obligará á la fuerza á reunirse á sus compañeros.

El contenido en esta nuestra escritura sea firme y permanente en toda su fuerza y vigor, y para su validamiento abajo la firmamos con nuestra mano, con los testigos, y le entregamos á los acordotes de Dios y á los demás que correspondan cumplirla.

Fue hecha esta escritura de testamento y confirmación en el día XVI de las Kalendas de diciembre, era de DCCCL.

Yo Alfonso confirmo este testamento hecho por mí.  
 En nombre de Cristo, Adá... (3)... — En nombre de Cristo, *Quindulfo*, obispo (4)... — *Hermenegildo*... — *Recaredo*, obispo de la Sede de Calahorra.— En nombre de Cristo, *Nunila*, abad, testigo.— En nombre de Cristo, *Antonio*, abad, testigo.— En nombre de Cristo, *Pedro*, abad.— *Esteban*, abad.— *Augerico*, abad, testigo.— *Cercio*, monje, testigo.— *Voremundo*, testigo.— *Vigilano*, testigo.— *Corbelonio*, testigo.— *Félix Resello*, testigo.— *Vigila*, testigo.— *Sommo*, testigo.— *Alamarico*, por el testigo *Egicha*.— *Gundemaro*.— *Américo*.— *Adulfo*, testigo.— *Sembrao*.— *Gundacalo*, testigo.— *Chinila*, testigo.— *Gundesindo*.— *Justo*, testigo (5).

EL EDDISTONE.

AL SEÑOR DON LUIS MIQUEL Y ROGA.

Cual al navegante que surca á oscuras las soledades del mar, llega y anima la vista de un faro que sin conocerlo le tiende una mano de amigo, así me alegró en mi retiro la voz simpática que me dedicó la obra de su corazón y de su pluma. Deseoso mi agradecimiento de pagar tan grata deuda que me impone el recibido obsequio, dedico como un testimonio de aquel, los presentes anales de un fero, á mi favorecedor, no como cosa que merezca dedicarse á un escritor que tanto en todos conceptos me aventaja; sino porque es asunto apropiado á simi de que me he valido para patentizar mis sentimientos.

FERNAN CABALLERO.

Extractos de cartas escritas á mi mejor amigo durante un viaje de.

Apenas nos habíamos embarcado cuando se desentendieron uno de esos furiosos levantes que son el azote de la Andalucía Occidental, que atterra, que irriban y paralizan con su violento y abrasado que-

(1) Testamento, segun el uso de aquel tiempo, que yo don Alfonso.  
 (2) La era que aquí se expresa es la de 749, pues la virgulilla de la X da á este valor el 40: el año de Cristo al que se refiere es el de 710.  
 (3) Esta es la actual ciudad de Oviedo.  
 (4) Echabito fue y es parroquia. Este situado en las afueras de Oviedo, y se llama antiguamente *Sabaustina*.  
 (5) Así dice el original. Presumimos que este número se refiere al de años.  
 (6) Parece probablemente cortinas.  
 (7) Covenas que son las alfarras.  
 (8) Regularmente casacaes ó almohadas para los altares.  
 (9) Aquí hay en el original varios nombres ilegibles.  
 (10) *Sabaustas*, uno de los ermitaños *Sabaustas* que en el siglo octavo se llamaron *Sabaustas* y *Wandano* y que Alfonso el Casto regaló á un monasterio de *Serbas*, uno de los monjes clérigos que fundó en los montes, apesados por el rey. El otro es *Wandano*, clérigo que don Alfonso compró, y que entregó á la actual monasterio de Oviedo, segun el lenguaje de esta escritura.

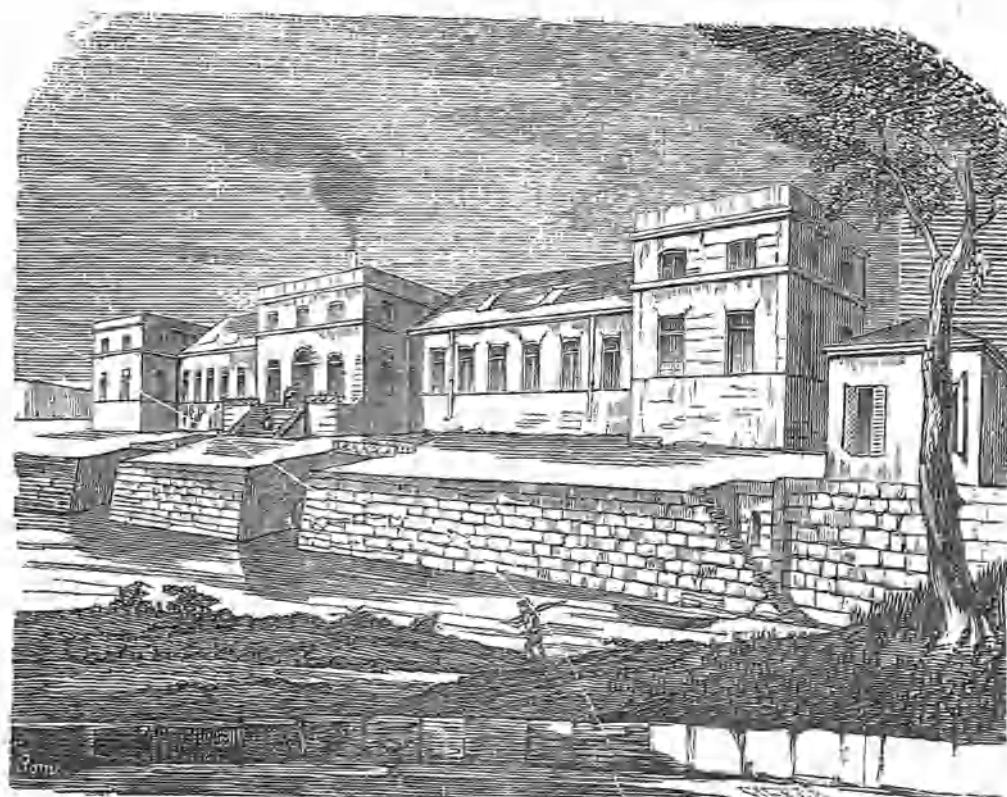
(1) Aquí hay algunas que no se pueden leer.  
 (2) Aquí hay también un error.  
 (3) Este era diácono, primer obispo de Oviedo.  
 (4) En esta se paraba de Salamanca.  
 (5) Este fue el notario de la escritura.  
 (6) Suprimimos con cuidado cuanto personal pertenecía á las personas que no eran por sí mismo de ocupar la atención del público.



que la marcha ordinaria de las cosas. Fué preciso renunciar no solo á ella al mar, pero tambien á desembarcarnos.

Estar dos dias presos en un barco parado, que se vuelve en un pontón, sonriendo con la vista, casi ascribiendo con la mano el lugar en que estan las personas que amamos, es por cierto moralmente el tormento de Tántalo refinado. — Quedarse aislado sobre la flotante isla de madera, tan cerca y tan separados de las personas de nuestro cariño, sin tener en esta anticipada ausencia, ni el caminar que distrae, ni objetos nuevos que interesan, es lo mas triste y desconsoador que pueda sentir el corazón... pero esto es que el corazón nos ha sido dado para sufrir, así como la imaginación nos ha sido dada para gozar: lo extraño es que el lenguaje haya hecho al corazón masculino y á la imaginación femenina, en lo que ha machibembreado (perdonecenos esta expresion vulgar) lo mismo que pudiera hacerlo el mas gringo de los hijos del Reino Unido.

Esperábase las horas, como grandes perezas que se hacen á bordo, y el sol se elevaba en el cielo, como si le temiese á su cotidiano baño de mar; el tiempo, que tan breve se hace á tu lado, se complacía en alargarse espantosamente como para lucir su magnífica elasticidad; agregado á esto el sentirme á la merced de las olas, esas fieras indómitas, preso entre aquellas labias, que mal humoradas crujan y gruñan, agobiado con las insuportables ansias del mareo, subordinado al mezquino despotismo de un vulgar capitán absoluto, repetí aplicándome á mí mismo la célebre pregunta de Geronte en las *Fourberies de Scapin de Molière*: — *« Mais quel diable allons il faire dans cette galere? »* — pues ciertamente nada me obligaba á hacer este viaje de mero recreo: tal es la fuerza de las impresiones del momento, que por *effluvia* que sean las causas que las producen, bastan para hacer vacilar y retroceder resoluciones nacidas de deseos, cálculos y reflexiones de meses enteros.



(Fábrica de tejidos.—Vergara.)

Al tercer día, habiendo oído el impetuoso Eolus, empezaron los ciclopes su tarea en el entrepénico, y un negro penacho de humo, ondeando como una crista bandera de saños, anunció nuestra partida; ¡pobres ojos de madre que la vieron al través de sus lágrimas! ¡Amor de nuestros padres, únicos áncora siempre seguros en las borrascas de a vida!!!

Como vimos desaparecer como sueños los sitios tan queridos que abandonáramos por otros extraños, porque lo extraño atrae, así como lo conocido repone, haciendo este presenté arrastre siempre viciar al hombre para mostrarle su debilidad. — Pronto nada vimos sino la torre del faro que tenía dormido su ardiente ojo que vela de noche; mas tambien á este se lo tragó la distancia, y quedamos aislados entre el cielo y la mar, ¡este tan agitado! ¡aquel tan sereno!

¡El mar! Tiempo hubo en que lo amaba, le sonreía, en él confiaba, porque no la conocía, puesto que solo lo conocía y lo comprendía, que entra la vida y la muerte graduó su ira, su fuerza y su violencia, y yo me había hallado en ese caso. — ¡El mar! No hay pintor que pintarlo pueda, ni poeta que pueda describirlo! El mar es una cosa sin vida y sin inteligencia, pero con voz, con movimiento y con fuerza. — El mar es un poder, es un insensato indomable despotismo, que con voz de sus olas hurta todos los esfuerzos y prevenciones de los hombres: que no tiene dueño, y no obedece mas que á Dios!!! ¡Oh hombre! si tan pequeño y débil parecés á la orilla del mar, ¿qué te parecerás en el universo, y á la orilla de la eternidad? Así es que nada atrae mas instantaneamente y con mas fervor el corazón á Dios, que el mar, porque ninguno como el que navega tiene que confiar

en la Providencia y que acudir á Dios, puesto que tiene siempre y únicamente el abismo á sus pies, el cielo sobre su cabeza.

¿A qué dejar caer esa lágrima en el mar? ¿qué es una lágrima en el mar? Lo que es una lágrima en la vida del hombre, un nada disuelta en lo infinito!

De cuando en cuando vemos viendo las costas, que son á distancia tan fáciles de confundir con nubes y con neblinas. ¿Con qué ávida curiosidad se fijan estas desconocidas tierras! ¿Con qué ansia se desga su aproximación! ¿Qué ilusiones se forman sobre lo que podrán ser aquellas misteriosas márgenes, aquel indefinido paisaje que se veulta con su calidez como una mujer con su difuso velo! ¿Cómo se desea pisar aquellos montes y valles que la distancia presenta silenciosos y desiertos como un país encantado! — Siempre me extrañado que los navegantes hayan dejado á Newton la gloria de haber descubierto la atracción de la tierra!

Es cierto tambien que á su vez los habitantes de aquellos sitios fijarán la veloz nave que surca tan libre y sinuosa, tan benévola y ligera el ancho mar, con ardientes salimientes, pues acaso nos dirán: ¿de dónde viene? ¿dónde va la ligera pasajera? ¿vuela ó nada? ¿qué coherencia es si? ¿qué ha pasado la aventura? ¿qué le aguarda?

Así crees necesito insistir á la bella, la ilusión que detiene sus prestidios sobre todo como una luz mágica: de ilusión! es éntonces de la vida, de te que dice un poeta alemán que una flor en esa juventud que correa por la guadaña del tiempo empalmea aun marchitas; la ilusión, ese perfume que contiene el inocente y púdico, que muévase se esfuerzan en destruirlo el consejo de hierro del destino!

ro-ativismo, sin considerar que es lo que intentan crímenes análogos que consume el que destruye la inocencia.

La primera costa que vimos de cerca, fué el cabo de San Vicente, que se alza erguido y se hundió en lo profundo perpendicularmente, cual una colosal muralla; pásase casi rozando con la imponente mole coronada por un convento y un cuartel, que parecen el uno un solitario monje, y el otro un aislado centinela, que inmóviles miran pasar los barcos, diciendo el primero: ¡quién os trajese á un buen puerto! exclamando el segundo: ¡quién os signiese en vuestros azares? Llegamos de noche á Falmouth y solo vimos estrellas y lucas, haciendo uno de los pasajeros la observación juiciosa de que en nada se diferenciaban estas de las españolas. Pero cuando al siguiente día ahuyentó una mañana clara y hermosa, aunque inglesa, las tinieblas, vimos con admiración, no á Falmouth, que es chico y feo, sino á su bahía, una de las mas hermosas de Inglaterra. Alarga la tierra sus brazos para abrigar en su seno los avíos que la enriquecen, y en las manos que casi cruza lleva para mas ampararlos en la derecha una fortaleza como una pistola, en la izquierda un faro como una linterna. Desde la misma orilla del mar se estiende aquel verde césped tan encantador, que es en el Norte la primavera, sonrisa de la primavera en el Sur, el primer beneficio de las frescas aguas de otoño, y en Inglaterra es la constante compensación que recibe de las húmedas nieblas que la entristecen, dando á aquel campo una eterna juventud como la gozan las niñetas del paganismo. Estiérase su interrupción por cuanto alcanza la vista, ya bajando á valles amenos, ya subiendo á colinas salpicadas de magníficos árboles, á cuya sombra descansan hermosas y pacíficas vacas, que quizás nos habrían mirado de reojo, y con sobrada razón, si hubiesen sabido que eramos del país de los Nerones de su casto que inventaron las atroces corridas de toros.

Nos trajeron á bordo, pan, fresas y leche, regalo de patriarcas, que nos agradó mucho, y después soltando las inquietas paletas salimos de la bahía y nos internamos en el canal.

Cuál estaba nuestra atención absorbida en la contemplación de las orillas, que presumidas é incitadoras, ya se nos acercaban en sus promontorios, ya se escondían en sus golfos. Señor, pregunté á un pasajero inglés, en una ocasión en que más ameno y sonriente se nos había acercado un romántico paisaje, ¿es esto que vemos un parque (1)? No señor, contestó, es el campo.

Sabes que no soy anglomano, pues ni me simpatizan esas apasionadas preferencias por tal ó cual país que se suelen valvear para saber el nuestro; demos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; demos nuestra admiración á aquello que lo merezca en otros países, y demos nuestro cariño y simpatías á nuestra patria. Así es, que imparcialmente digo, que cuanto se veía era admirable: ya las pintorescas peñas, ya los suaves paisajes, ya los siete blancos arcos de tiza, que parecían un poco de hiel y desnudo invierno entre tanta lujosa primavera, ya la roca sobre la que trajo Schakspere á su rey Lear, y que conserva el nombre del gran poeta á quien el agrio y corrosivo Voltaire llamó el San Cristóbal de los trágicos. Pero lo que mas interés inspira es la perfección con que la Gran Bretaña ha sabido evitar ó disminuir los peligros que originan los numerosos escollos de sus costas, con las precauciones que los contrarrestan. En Portsmouth es el admirable Brac Nivater, soberbia obra submarina

destinada á disminuir el poderoso empuje de las olas; aquí sus boyas sujetas con áncoras en bancos de arena; aquí una lancha roja como la de un pirata fijada del mismo modo, fúndese la escuela que escolta la mar como traidora arma prohibida. Véase la catedral de Inglaterra guarnecida de faros como lo están sus paises de faros de gas.

Siempre han sido para mí los faros un objeto de atracción y de simpatía: la soledad y aislamiento, que son su destino; la noche y el temporal, que son su esfera; el perpétuo velar, que es su misión; la resistencia inmutable, que es su tarea (lo que les presta cual á no otro monumento, la solemnidad de las cosas inmóviles, como dice Dumas), y sobre todo está la sublime virtud de la consagración que simbolizan. hacen que al mirar un faro quede indiferente de cuál de las impresiones que me causa su vista sea la mas profunda, si el respeto en mi alma, ó el enternecimiento en mi corazón. ¡Oh, si! un faro es después de una iglesia el mas santo de los monumentos! ambos tienen el mismo fin, guiar, alumbrar, consolar y salvar.

Pero entre todos estos consejeros de piedra, estos guías de luz, descuella el Eddystone. Solo y aislado en medio de las olas se alza el ermitaño del mar, ante el cual no puedo menos que detenerme para inquirir qué hada enamorada de un marino lo trajo allí por los aires, ó qué encanto le hizo brotar del seno del mar para guardar en él una princesa perseguida por los gnomos de la tierra.

Pero dejemos á la tradición referir la crólca del Eddystone, que lo hará mejor que la seca y prosaica historia, que al presentar los hechos, procede como al formar los árboles genealógicos, los despoja de su follaje y de sus flores, de su savia y de su perfume.

Alzase en medio del mar una roca aislada; apenas, si, el furor de las olas, el ímpetu del viento y la violencia de las corrientes dejan posarse en su estrecha cumbre á las silvestres aves marítimas, y la humanidad, esa santa heroína, estíndese sobre ella su mano y levanta allí un castillo que no llega á conmover todo el furor del mar, y enciende en él una luz que no llega á apagar toda la violencia del viento.

Fueronlo así:

Un hombre se atrevió á erigir sobre la aislada cresta de aquella roca una torre que llevase en su frente el salvoconducto de innumerales vidas, una luz en la noche mas oscura, una esperanza para el corazón mas abatido.

Este hombre tenía un buen ángel á su lado, pues sólo está pudo sugerirle y darle valor para emprender esta obra portentosa; y cuando solo faltaba la última piedra, el mal espíritu, celoso del triunfo del ángel bueno, envió al arquitecto su mejor auxiliar, el orgullo, que se apoderó de él y le hizo decir: estoy tan seguro ya de mi obra, que desafío á todas las tormentas y tempestades, y aun al poder de Dios de impedirle el concluirlo.

Aquella misma noche se desenrolló tal temporal, que cuando el día corrió el velo de la noche, los consternados habitantes de la costa no divisaron en el mar sino la negra, calva y aislada roca—el arquitecto y su obra habían desaparecido—el viento descansaba de su violento arrebató—la mar acababa de hollar con sus olas las últimas puertas de la obra del prevaricador.

Andando el tiempo se labró el faro que hoy existe, y como no profanó la santa obra una blasfemia, se concluyó y subsiste para bien de la humanidad que padece, para gloria de la humanidad que ampara.

(1) Grandioso bosque, jardín.

FIN DEL TOMO DE 1851.

